

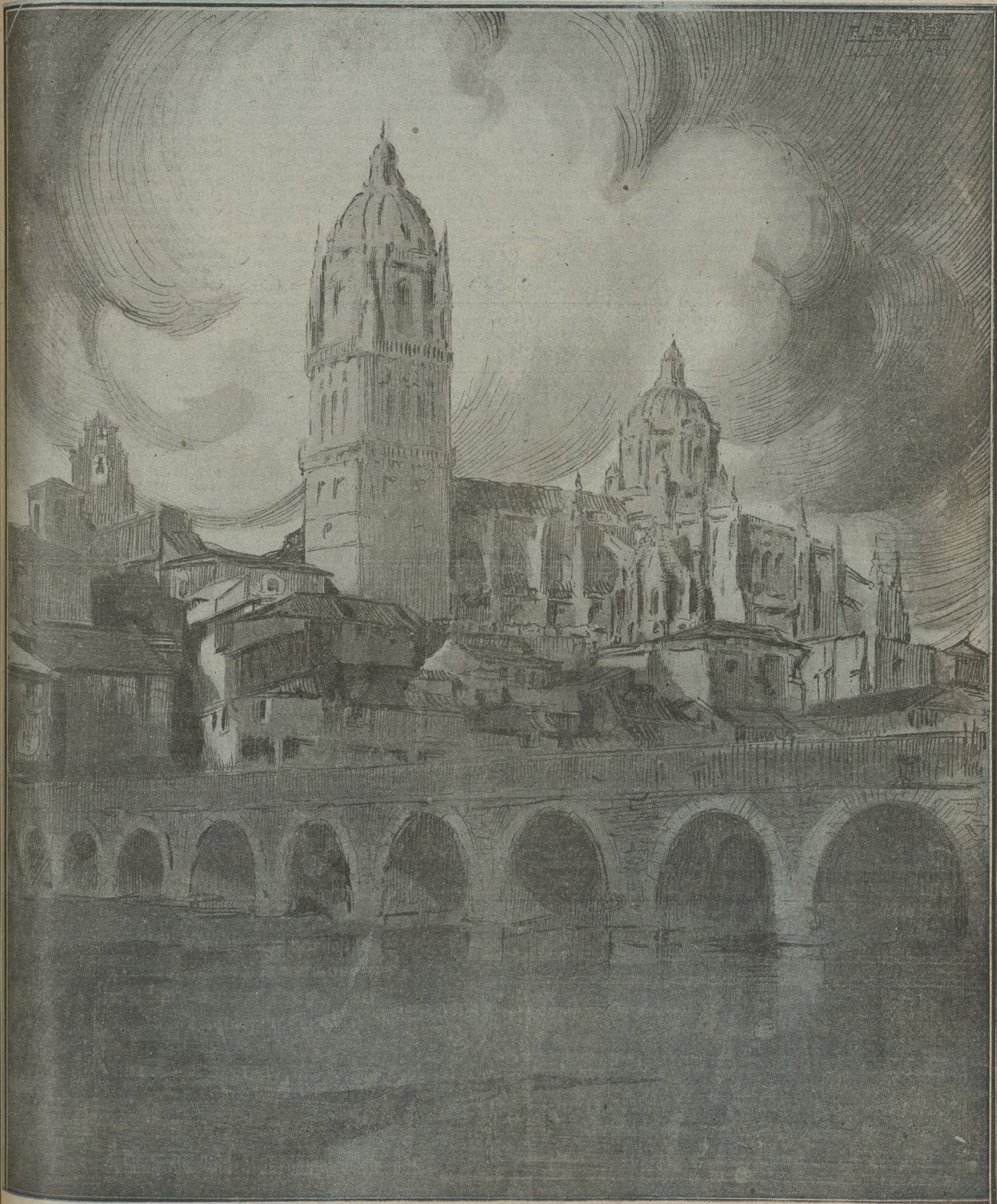
LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID 4 DE SEPTIEMBRE DE 1921

NUM. 19.510

— POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA —



LA CATEDRAL DE SALAMANCA VISTA DESDE EL PUENTE ROMANO.—DIBUJO A PLUMA, POR E. BRÁNEZ

Ayuntamiento de Madrid

IMPRESIONES DE UN LECTOR

La Muerte en Venecia

No es muy fácil explicar el valor literario de *La Muerte en Venecia*, novela de Tomás Mann, traducida por José Pérez Bances en la Colección Calpe. ¿Es una delectación morbosa? ¿Es, por el contrario, un vuelo del espíritu germánico hacia las serenas compensaciones de la belleza pura, desinteresada, tal como la bebemos en el ánfora clásica? Confieso que salgo de esa lectura un poco desconcertado. El héroe de esa narración, Gustavo de Aschenbach, ¿tiene los ojos de un Wilde, o bien los de un Nietzsche, para extasiarse en las formas apolíneas? De todas maneras, es interesante esa historieta de un bárbaro (en el sentido étnico) atraído por la estela luminosa del sentido helénico.

¿No tendrá Venecia una predestinación como solar de amor o de lucha entre el mundo clásico y el bárbaro? Ciudad mixta en todos sus aspectos, construida ambiguamente sobre el mar y sobre la tierra, ya D'Annunzio la estilizó maravillosamente en *Il Fuoco* y en *La Nave*, plasmándola en la forma equívoca de Basilíola; bellísima en su aspecto corporal, aunque espiritualmente anfibia, como si en ella se hubiesen transmigrado al alma las monstruosidades de la Esfinge o de la Quimera; especie de Centauresa espiritual.

El Bárbaro... Venecia... He aquí que el glorioso recuerdo nos asalta, inevitablemente. Esa historia de un artista obsesionado, entre el Lido y San Marcos, por una visión que bien pudiera ser producto fantástico del medio, ¿no será trasunto de los últimos días de aquel otro que D'Annunzio llamó *Encantador bárbaro*, aquel divino alemán que se llamó Ricardo Wagner, y cuyo entierro transcurrió entre los canales como el de un retrasado guerrero gibelino? Aschenbach, a su modo, es un nuevo Tannhauser, cuyo Venusberg es la propia ciudad de Venecia. — ¿No estuvo cerca del Véneto el auténtico Venusberg, que Gastón Paris coloca en el ducado de Spoleto, en el Friul, al describirnoslo como el paraiso de la Reina Sibila?—Aschenbach, ese nuevo *minnesinger*, también bávaro, tiene aun más agudizada que Tannhauser la conciencia de su propio pecado, a causa de la naturaleza ambigua de su amor. Pero la ciudad confidente y proxenética le suministrará también, como una pócima, su expiación; mixta de oriental y occidental, Venecia, puerta triunfal de la belleza, es al mismo tiempo la brecha abierta al asalto de las grandes plagas de Oriente; la peste franquea sus canales, en su góndola invisible y regia; y Aschenbach muere, equivocadamente también, abismado en sus contemplaciones andróginas...

Ciudad de *fatum*, de amor y muerte, como lo fué ya para el Turco, a quien se entregó bajo las formas aparentemente angélicas de Desdémona. Aschenbach se junta a la luminosa dinastía de artistas seducidos y acaso torturados por ella, siguiendo el rastro de Byron y Musset. Toda su extraña aventura, penetrante con un aroma desvanecedor vagamente pútrido, parece fragmento de un fresco de algún olvidado Tintoretto, que quiso estilizar en nueva forma el mito pecaminoso de Ganimedes.

La Escuela de los Indiferentes

Otro volumen de la misma Colección Contemporánea Calpe: *La Escuela de los Indiferentes*, de Juan Girandoux, traducida por Tomás Borrás. Consta de tres retratos psicológicos: *Santiago el egoísta*, *Don Manuel el perezoso* y *Bernardo*,

el débil Bernardo. Psicologías de *ante-guerra*, que la guerra ha modificado mucho menos de lo que suele creerse... Figuras de alma cansada, viajeros de la caravana que comenzó en la Revolución (cuyas etapas posteriores fueron el Romanticismo y el ensueño de emancipación social); peregrinos que se han tendido a dormir al borde del camino, incapaces ya ni siquiera de soñar, descorazonados de los aparentemente inútiles esfuerzos, y sumidos en el egoísmo irónico y el *a quoi bon?* de su propia flaqueza acomodaticia. ¿Cuándo sonará sobre esos oídos vencidos el *quand même!*, el *a pesar de todo!*? No sé si ese libro refleja un rezagado *fin de siglo*, o si debemos ver en él, más hondamente, el fin de una humanidad, el fin de un mundo, en sentido bien diverso del que quiso ver Eduardo Drumont...

Girandoux es un escritor penetrado de britanismo americano. Su estancia en los Estados Unidos ha dejado en él profunda huella. No es éste el menor encanto de su pluma. Es curioso comprobar en su estilo el maridaje de su fértil ironía nativa con cierta rapidez de gesto y so-

briedad de rasgo lindantes a veces con el *humour*. Acaso haya en él, sobre todo a través de la traducción, excesiva confianza en el poder sugestivo de los lectores. Lo más interesante es su sentido de la imagen, delicadamente expresiva de las visiones vírgenes, de las formas que nadie supo descubrir todavía. Me recuerda, en ocasiones, la fantasía vívida y penetrante de Julio Renard. —Dejadme acabar copiando algunas de estas felices imágenes: «La señora Sainte-Sombre se ha engañado; en lugar de salir para el espacio ha tomado el tren que partía hacia el tiempo.» —«Para mí cada ser, cada objeto, se apoya con más fuerza en su color que en su esqueleto.» —«Un gavilán que se cernía en lo más alto bastaba para abanicar el mundo.» —«El barco que pasa hace subir el mar un centímetro hacia nosotros.» —«Cada mujer no es, cuando se acerca uno a ella, mas que la sombra de la que se deseaba.» —«Ayer sólo le di un segundo beso. No dijo nada. Debió creer que se me había olvidado darle el primero.» —«Soy ese pájaro ciego al que le abren la jaula en el mar.» —«Los pájaros, después de haber trazado en el cielo vuelos idénticos, se posaban cada uno en su rúbrica.» —«Los cuervos eternos daban vueltas alrededor del campanario en sentido contrario a las agujas del reloj, neutralizando el tiempo.»

Gabriel ALOMAR

CAPRICHOS

La llamada

AQUEL papel se encarnizó conmigo. La noche estaba sola. Los mismos serenos habían abierto un portal y se habían metido en él.

En aquella soledad y en aquel oscurantismo, el papel que me perseguía no era como otras veces el papel que, como un perro que nos persigue, se queda de pronto en el remolino de los otros perros. Aquel papel me seguía de un modo ruidoso, seco, con arranques que me asustaban a ratos, cuando ya me había olvidado de él. Parecía un gato que en vez de huir avanzase contra mí.

A veces se retrasaba y parecía quedar muerto y aplastado contra el suelo; pero de nuevo, como si aquello no lo hubiese hecho sino para descansar, salía en mi persecución.

¿Cómo rodaba aquella cosa cuadrada! Las puntas de su cuadrado eran como las patas que iba poniendo en el suelo, e imitaban el salto cada vez que iniciaba una vuelta.

Iba preocupado por el papel y sus carreras, así como se preocupa uno de la taba a la que constantemente se da con el pie y a la que se lleva muy lejos.

El danzarín papel relucía al pasar ante los faroles, y se veía entonces que no era un pedazo de periódico, sino una carta escrita.

Juro que, sobre todo al volver las esquinas y ver que el papel volvía las esquinas, sentí lo sobrenatural que era aquello. Aunque yo procuraba dar esquinazo al papel, el papel, como una bicicleta, daba las vueltas ceñidas y ágiles a las esquinas.

Fatigado, me senté en un banco público, y el papel tirado y quieto se quedó a mi lado. Parecía un papel que yo había dejado caer y olvidado a mis pies.

—¿Lo cojo?—me pregunté.

Pero yo, que soy enemigo de las supersticiones, no quería incurrir en la de creer que aquel papel decía algo con sentido dirigido a mí. Se reiría hasta el mismo papel de ver que yo buscaba en él alguna llamada o alusión.

Por fin me incliné sobre el suelo y al-

cancé de él el papel misterioso y agresivo.

«Secuestrada hace veinte años, hasta ahora no he podido pedir socorro de alguna manera.—Isabel.»

Ya me explicaba la insistencia del papel, que era el papel de la secuestrada hace veinte años; es decir, el papel que no tenía más remedio que buscar al salvador; el papel lleno de suciedad, de angustia, de deseo de auxilio.

—Bueno... ¿Pero dónde?—me pregunté y pregunté disimuladamente al papel—. Nada. No me podía acordar dónde comenzó a seguirme el papel. Lo dejé en el suelo para ver de que me guiase de nuevo; pero una ley que no pueden contravenir los papeles es ir contra el viento. Por eso el papel se quedó quieto, pegándose al banco como una etiqueta de facturación al baúl en que la pegan.

Comencé a desandar el camino, y al cabo de un rato estaba completamente desorientado, y aunque de nuevo procuré orientarme, no pude encontrar el punto cierto de origen en la partición del papel extraño. La pobre secuestrada de hacía veinte años y que no había podido nunca pedir socorro, ya no encontraría medio de poder lanzar un segundo papel, y moriría secuestrada.

El magnetizador de las nubes

Los pedriscos asolaban el pueblo; lo arruinaban año tras año. Algo había en todas las cumbres de alrededor que citaba a la tormenta como torero al toro. El caso es que la tormenta de pedrisco asomaba sobre el pueblo y había un momento en que seriamente amenazaba aplastarlo, como si fuese una gran muela de molino suspendida sobre él.

Las autoridades, todos los vecinos, se habían reunido muchas veces para pensar qué sería conveniente hacer.

Compraron un cañón contra el pedrisco, y fué un dispendio más, porque las nubes no cedieron y sólo se vieron los agujeros que se abrieron en la especie de gran montera de cristales sucia, que era la nube. El estrépito del cañón de dinamita hacía más bronca, más desesperada, más anginosa la tormenta.

En ese ambiente de gran agobio que pesaba sobre el pueblo se había producido la infancia de Eustaquio, don Eustaquio, como le llamaron cuando vieron que le crecía una negra y morada barba nazarena.

Don Eustaquio pensó, en el fondo de su casa, durante toda la vida, lo que habría que hacer con el nublado. Con su mesa de estudio muy cerca del balcón, miraba constantemente al cielo y hacía esfuerzos de dominio para variar el rumbo de las nubes. Eso, que comenzó por una ingenua y desmedida manía de colegial, acabó por ser una obsesión. Los ojos de ribete cárdeno y de hondo mirar de don Eustaquio se clavaban en el cielo, sin odio, pero con una autoridad que parecería de loco si no fuese tan segura, tan sensata.

Así, un día, don Eustaquio, apoyados los brazos en la mesa como si fuese un reclinatorio, y con los ojos en el cielo, vió que una nube variaba de rumbo, según su gusto, y para cerciorarse más la hizo moverse como en una contramarcha.

Don Eustaquio citó entonces a los prohombres del pueblo y les contó lo que podía hacer con las nubes.

—Cuando venga el primer nublado de pedrisco con sus nubes color de pedernal, llámenme—dijo en párrafo elocuente y conmovedor—. Yo me llevaré las nubes hacia otro sitio... Yo las haré descargar en el valle de la Oropéndola, para que tumben los pastos y saquen fuego a las piedras de que está lleno el valle... Me ha costado conseguir este poder, toda mi niñez y mi juventud... Hoy ya, en el comienzo de la madurez, después de haber sacrificado mis amores, sin otra distracción que el haber estado mirando al cielo, sin desesperar de la fuerza de mis ojos, he conseguido el triunfo apetecido... Seré el pastor de las nubes, y en este pastoreo está mi misión en la vida...

Todos, subyugados por la entonación y el aire noble y profético de don Eustaquio, quedaron convencidos, y, además, quedaron magnetizados por aquellos ojos perforadores que hasta tenían poder sobre las nubes distantes.

Al primer día de nublado aguardaban todos, y como todos los años, en el momento más florido, llegaron las nubes oscuras, de agua sucia y preñada.

El alguacil fué a llamar a don Eustaquio, y detrás del alguacil, todo el pueblo. Don Eustaquio tomó su impermeable de capuchón, y, como el capitán del barco que sube sobre cubierta por dar fe a toda la tripulación, apareció en la puerta. Miró a las nubes, y después de hacerlas la señal magnética con sus manos afiladas y ascéticas, todo el pueblo vió con asombro que el nublado se movía hacia don Eustaquio, que apretaba su marcha como el que conduce una cometa y tiene que andar veloz para seguirla dominando.

—Un caballo, un caballo—gritó de pronto, sin dejar de andar veloz.

Le trajeron un caballo blanco, y dando un salto rápido sobre su montura avanzó hacia el monte, sin dejar de mirar las nubes.

Era indudable que se las llevaba detrás. Todos en las afueras del pueblo contemplaban aquella fuga de las nubes hacia el jinete, como empujadas por un viento fuerte.

Se le vió subir la montaña, y ya en la cumbre apéarse del caballo, y allí, a pie, hacer los gestos magnéticos y atractivos a las nubes, señalándolas, por fin, la parada y el momento de descargar. En el valle lejano, en la estéril pradera abrupta y pedregosa, cayó todo el pedrisco, y fué el primer año en que se cogió entera toda la cosecha.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA

Portugal pintoresco. «LAS VARINAS»



El traje de las criadas de servir.

adecuado a esta pintura extraordinaria.

Y sin embargo, a pesar de las risas que se ensanchan en el panorama, de la alegría colorista, de lo risueño del paisaje y de lo apacible del momento, flota como un espíritu de tragedia o de zozobra. ¡La vida del mar! Los pescadores, con las sucias camisas de franela desabrochadas, mostrando un pecho velloso y duro. Los remeros, ennegrecidos, con su musculatura atlética y sus ojos tenebrosos. Los pobres grumetes, colgados en racimos por las jarcias. Las mismas varinas, recostadas melancólicamente sobre la arena sedienta de la playa. La propia nostalgia de otros mares y de otras tierras, que parecen evocar esas barcas negras y rotas, con los costados remendados y la quilla vestida de algas, y otras plantas marinas que nos hablan de la larga permanencia inmóvil en costas inhóspitas.

Hemos sentido la gaya alegría del color y la luz, y a la vez la eterna tristeza de esas vidas marineras errantes.

Pero las «varinas» no parecen sentir nada de eso. Son las que efectúan el tráfico en la ciudad. Están acostumbradas al mar y a la tierra, y miran con indiferencia inexpressiva la ciudad suntuosa, demasiado suntuosa para su pobreza, y el mar bravío, demasiado bravío para su pequeñez.

Después las veremos desbordadas por los puestos de subasta, entre las pilas de peces fabulosos e incomprensibles: las rayas gigantescas, como enormes palmitos orientales; los voladores, con sus alas de águila; las lampreas, culebrinas y pingües, con su trágica cabeza de lagarto; el pez espada, con su largo pico dentado

en forma de sierra; los sicuros, con hirutos bigotes de chino; la vescara, absurdo pez del infierno, mitad quimera, mitad monstruo marino, al modo de esas fantasías de las láminas japonesas; el hipocampo, con su gallardo torso de caballo; todas esas especies en su mayoría ajenas al Mediterráneo y al Cantábrico.

Las veremos zig-zaguear por los mercados entre las criadas típicas, cuya clásica indumentaria casi se ha perdido en absoluto. Las veremos, por último, correr gentiles por las calles céntricas de Lisboa. Es entonces cuando precisamos en detalle sus trajes, trasunto de los hábitos hebreos, adulterado por las costumbres moras.

Corpiño de paño, blanco o verde, adornado con terciopelos negros. Sayas rojas o amarillas, también de paño, muy pesadas, fruncidas y largas, recogidas en las caderas con un mantón retorcido en forma de rueda ceñida a la cintura, especie de esos salvavidas flotadores de los barcos. Delantal de color multivariado, con infinidad de arabescos. Al cuello, grandes cadenas, medallas, dijes, collares y abalorios de oro. Muhas sortijas del mismo metal. Pendientes largos, con piedras. A la cabeza, un pañuelo de seda, suelto, y un sombrerete de fieltro parecido a nuestro calañés, algo más pequeño, y con un rodete tejido en cintas sobre la copa.

Las «varinas» van descalzas; llevan en la cabeza el cesto del pescado y caminan garbosamente, a largas zancadas, agitando mucho los brazos.

Suelen ser finas, altas, erguidas, bien plantadas, bellas de rostro, con los ojos grandes y tranquilos; el óvalo de la ca-

ra, afilado; la barbilla, fuerte; el cuello, recto y mórbido; los hombros, anchos; el busto, alto. Son morenas, con la piel quemada por el sol y el viento; pero no roja, sino pálida, mate. Tensa mano. Cabellos negros o castaños; cuando son rubios parecen oro viejo.

Dijérase que las «varinas» pertenecen a una raza exótica, tal que nuestras gitanas. En la rara policromía de sus vestidos recuerdan bastante a esas bailadoras rusas que, en éxodo perpetuo, recorren el mundo de punta a punta en miserables caravanas.

Los «varinos» se caracterizan por llevar una barretina o gorro, que se diferencia del catalán en que es mucho más largo y cuelga hacia atrás, en vez de caer hacia la frente.

A propósito de sombreros, no quiero dejar de mencionar otro curiosísimo que usan las vendedoras de fruta, especialmente las de las cercanías del Duero. Se parece un poco a las antiguas monteras de torero y mucho a las monteras de torero que los dibujantes franceses y alemanes ponen en los graciosos cromos de escenas españolas.

Pero nada gana a las «varinas» en lo pintoresco y atrayente.

Diseminadas ya por la ciudad, irrumpen por todas las calles, por las cuestas pinas y audaces, por las avenidas espléndidas, por las «Travessas» solitarias del barrio judío, por los estrechos «becos» del barrio moro, por las «caminhos» de los arrabales, donde a la madrugada se abren las lóbregas tabernas de los «dados». Con frecuencia se les oye vocear, con grito robusto, su pregón favorito.

—«Vivinha da costa! Vivinha da costa! ¡Vivinha!!!»

Su voz gutural y rica se mezcla con la de los otros vendedores en los mercados.

—«Carqueija a vintem dois mólhos!»

—«Coive portuguesa!»

—«Chega p'rai, chega! Chega mais a mais, chega!», de los vendedores matutinos de leche.

Se establece una competencia porfiada, bélica y terca.

Pero es inútil, porque las «varinas» se destacan siempre del grupo de voceadores, por su vivacidad, por su gentileza y por su desenvoltura, honda y clásicamente meridionales.

GIL FILLOU



Una varina en traje dominguero.



Varina típica de Portugal.

Cantos del Romancero Marquillos y Blanca-Flor



Con sus cabellos de oro
y su túnica azul de áureas cenefas,
parece Blanca-Flor, pálida y triste,
la virgen de una gótica vidriera.

Es Blanca-Flor la esposa
de un conde que a la guerra
se fué—¡ya hace tres años!—
por la lejana senda
que, al tramontar del sol, todas las tardes,
contempla Blanca-Flor por si él viniera.

Ya tres años que el conde,
subido en su corcel, díjole: Espera
rezando, día y noche, mi regreso,
por si quiere el Señor, así, que vuelva.
Mi paje, el fiel Marquillos
—¿qué tienes, Blanca-Flor?—aquí se queda;
leal, ya me lo dijo, noche y día,
dormirá, como un perro, ante tu puerta.

Se fué el conde, y Marquillos,
que tiene la melena
del color de las alas de los cuervos
y las pupilas negras,
leal cumple lo dicho;
como un perro, leal, yace a la puerta
de Blanca-Flor que, al verle,
sin saber la razón, mírale y tiembla.

Blanca-Flor se ha dormido.
¿Qué sueña Blanca-Flor? Plácida sueña
con una tarde roja,
con una blanca senda,
y, a lo lejos, jinete en un caballo
que, más que correr, vuela,
con el conde que vuelve
—¡los cielos lo han querido!—de la guerra.

Un golpe—un seco golpe
de una espada en la puerta—
a Blanca-Flor, de pronto,
despiértala, y, apenas
en la lóbrega noche
—triste noche sin luna y sin estrellas—
el eco de la espada
es una voz perdida, casi muerta,
un acento—¡el del conde!—
cambiado un poco, acaso por la ausencia,
le dice: ¡Abre, bien mío; soy tu esposo;
vengo herido de amor; no te detengas!

Y Blanca-Flor la abre,
y entre sus brazos, ciega,
le tiene aprisionado, mientras llora,
tremante de ilusión, loca, frenética.
Y, por besarle, luego,
descifrele la férrea
celada que descubre
—¡oh, qué grito de horror!—una melena
del color de las alas de los cuervos
y unas pupilas negras
que, al resplandor de la dormida lámpara,
tienen reflejos, al mirar, de fiera.

Mas Blanca-Flor repónese,
y, grácil, se le acerca,
y en su pecho se apoya, conmovida,
y en los labios—odiándole—le besa.
Y, ya junto del lecho,
con dulce voz que encierra
palabras de ventura,
recónditas promesas,
le dice: Te esperaba;
bien hiciste en venir; pero quisiera
que hasta el cantar primero de la alondra,
durmiéndote en mis brazos, contuvieras
tus ímpetus, que al día
quiero hacerla testigo de mi ofrenda.

Y Marquillos accede
—lo mismo que Holofernes en su tienda—;
y cuando ya dormido
parece—cual Judith—, entonces, ella,
cogiéndole la espada, vengadora,
por el torcido gavilán la aprieta,
y de un tajo a Marquillos—sólo un tajo—
le separa del tronco la cabeza,
que rebota, al caer, con las pupilas,
las dos pupilas negras,
muy abiertas de espanto, y engrespada
por un soplo de muerte la melena.

Y al despuntar del sol, que pone rosas
de fuego en la vidriera
de la estancia en que yace,
fría, en el suelo, la truncada testa,
con sus cabellos de oro
y su túnica azul de áureas cenefas,
parece Blanca-Flor, pálida y fuerte,
la virgen de una bíblica leyenda.

Fernando LOPEZ MARTIN

EL PAN DE ORO

É RASE una vez una pobre viuda que tenía una hija, llamada Marina.

Marina era muy bella; sus cabellos y sus ojos eran negros y brillantes como el azabache; su piel, más blanca que la leche; sus labios, más rojos que el coral, y sus dientes, parecían de nácar. Como iba vestida de harapos, Marina parecía una reina disfrazada de mendiga. Pero ¡ay! no tenía de reina sólo la belleza, sino también la soberbia y el orgullo.

En el pueblo donde vivía, muchos mozos honrados y trabajadores pretendían a la bella Marina; pero ella les volvía la espalda con desdén; nadie era bastante para ella. Y su madre la miraba, suspiraba y no se atrevía a regañarla, porque bien sabía ella que no se la hubiera hecho caso.

Una noche en que la pobre viuda se disponía a acostarse, vió que la joven, ya dormida, sonreía en sueños. A la mañana siguiente le preguntó:

—¿Qué has soñado esta noche, hija mía?

—He soñado — contestó Marina — que llegaba a esta casa un noble señor en una carroza de cobre; entraba, se arrodillaba ante mí y pedía mi mano, ofreciéndome un vestido de encajes tan fino, que parecía tejido con un rayo de luna.

—Esos sueños te los inspira el orgullo — dijo la madre, moviendo tristemente la cabeza.

Aquella tarde entró un carro en el patio de la casa; en él venía un joven labrador adinerado que pidió la mano de Marina. La madre estaba encantada; pero la joven dijo:

—Aunque vinieras en carroza de cobre y me ofrecieras un vestido de encaje, no te querría por marido.

A la noche siguiente, la buena vieja vió que Marina, ya dormida, se reía en sueños.

—¿Qué has soñado esta noche? — le preguntó a la mañana siguiente.

—He soñado que venía un príncipe en una carroza de plata y que me ofrecía una sortija con una piedra más brillante que las estrellas del cielo.

—Calla, hija mía; calla — dijo la madre —. Tanta ambición es pecado.

Aquella tarde entró una carroza en el patio de la casa, y un señor se apeó, y, arrodillándose, pidió la mano de la bella Marina. La madre estaba emocionada hasta más no poder. Pero la joven le rechazó.

—Aunque tu carroza fuese de plata y me ofrecieras una sortija con una piedra más brillante que las estrellas del cielo, no te querría por marido.

A la noche, la anciana oyó que su hija, ya dormida, lanzaba en sueños una alegre carcajada.

—¿Qué has soñado esta noche? — le preguntó a la mañana siguiente.

—He soñado que venía un rey en una carroza de oro y me ofrecía una diadema de oro.

Aquella tarde entraron en el patio tres carrozas: la primera era de cobre, con dos caballos, y de ella se apearon mayordomos y pajes; la segunda era de

plata, con cuatro caballos, y de ella se apearon embajadores y príncipes; de la tercera, que era de oro, con ocho caballos, se apeó un rey, vestido de oro, que se arrodilló ante Marina, le

pidió su mano y puso sobre sus negros cabellos una bella diadema de oro.

Luego le ofreció un vestido de encaje, tan fino, que parecía tejido con un rayo de luna, y puso en su dedo una sortija

con una hermosísima piedra más brillante que las estrellas del cielo.

La boda se celebró en seguida, con una pompa inaudita; todo el pueblo había acudido a ver a la bella

Marina, a admirar su belleza y su lujo; pero ella, siempre orgullosa y

despectiva, no miraba a nadie.

Después de la ceremonia, la nueva reina y su esposo subieron en la ca-

rozza de oro; Marina no dió siquiera un beso a su madre, que quedaba arrodillada, llorando y rezando por ella. Sólo le dijo, con aire triunfante:

—¿Lo ves, madre? Mi sueño se ha realizado.

Y la carroza de oro se alejó al galope de sus ocho caballos y seguida por la de plata y la de cobre.

Y así llegaron al pie de una montaña, ante una roca que tenía un agujero más vasto que la puerta de una ciudad. Las tres carrozas se internaron en la roca y se abismaron en la noche con un ruido de trueno. Marina se echó a temblar.

—No temas — le dijo el rey —; en seguida habrá luz.

De pronto, Marina vió ante la carroza el resplandor de mil antorchas agitadas por enanos de la montaña, que acudían a saludar a su soberano; los nuevos esposos se apearon de la carroza y avanzaron a través de una selva extraña que brillaba de un modo deslumbrante y fantástico; los árboles eran de cobre; desembocaron en una pradera cuya hierba era de plata; en medio se elevaba un palacio magnífico de oro macizo. El rey se volvió hacia su mujer, y le dijo:

—Todo esto te pertenece.

Marina comprendió entonces que se había casado con el rey de las minas. ¿Pero qué le importaba ya nada? Era rica y era reina; sus deseos habían sido colmados, su ambición estaba satisfecha, su sueño se había realizado.

La soberana visitó sus dominios; a su paso, millares de enanos acudían y se inclinaban ante ella.

Pero tantas emociones, un vilaje tan largo, no podían menos de abrirle el apetito, y sintió verdadera satisfacción al ver que se disponían grandes y espléndidas mesas sobre la hierba plateada.

Toda la corte tomó asiento; se sirvieron primero entremeses de esmeraldas; luego, fritos de topacios, viandas de rubíes, postres de zafiros. Todo el mundo comió y charlaba animadamente; Marina no pudo probar bocado de todas aquellas cosas tan bellas. Al fin, se atrevió a murmurar:

—Quisiera un poco de pan.

—¿Que traigan el pan de cobre! — ordenó el rey.

Marina no pudo comerlo.

—¿Que traigan el pan de plata!

Marina no pudo comerlo.

—¿Que traigan el pan de oro!

Tampoco le fué posible.

—Lo siento mucho, amada esposa — dijo el rey —; pero aquí no hay otro pan.

Entonces Marina bajó la cabeza, y murmuró:

—Tengo sed.

Y le trajeron agua de brillantes y agua de nácar y agua de perlas. Pero no pudo beber ninguna, y, desesperada, se echó a llorar.

El rey de las minas soltó una carcajada; por lo visto, su corazón era también de metal.

Al llegar la noche condujeron a la nueva reina a una habitación magnífica; en me-



dio había una cama dura y brillante: una cama de oro con colchones de plata y sábanas de tisú.

Al día siguiente, el jefe de los enanos le dijo:

—El rey, nuestro soberano, te concede una gracia: una vez al año podrás subir, durante tres días, a la tierra. Para ello bastará con que vuelvas hacia adentro la piedra de tu sortija.

Y desde entonces, una vez al año, Marina da la vuelta a la piedra de su sortija, y, vestida con sus antiguos harapos, sube a la tierra, donde tiende la

mano por los caminos, mendigando la limosna de un poco de pan y un poco de piedad.

Luego vuelve a sus dominios subterráneos, a vivir en su palacio de oro, en la selva de cobre y la pradera de plata, a dormir en el duro lecho, servida por enanos que comen piedras preciosas, junto a su esposo, el rey con corazón de metal.

Adaptación de una leyenda bohemia por

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

CUENTOS DE AMÉRICA

LA HONRA DEL CORONEL

La copiosa luz del mediodía reverberaba sobre la parte descubierta del playón, adonde no llegaba aún la marea. Los gritos de los vendedores de frutas, aves de corral y billetes de la lotería llenaban el barrio de la marina, mezclándose a los gruñidos de los cerdos, que, a empujones, iban cayendo al agua por las escotillas de las goletas y nadaban en línea recta hacia la playa, entre dobles hileras de botes que les guarecían de las tintorerías y tiburonos. Marineros sucios, con los pantalones enrollados, mostrando las piernas flacas y los pies callosos, maniobraban en las cubiertas de los veleros y en el muelle, entre chirridos de poleas y el vaivén regular de las ondas. En la calzada y en las calles pedregosas del puerto se arremolinaban los carros de una mula y los coches de alquiler que entraban o salían de la ciudad; y un jubileo abigarrado de compradores congestionaba las tiendas olientes a cebolla y a marañones, tratando a gritos y dejando caer chorros de monedas de oro y plata que tintineaban como «leit-motiv» en aquel ruidoso desconcierto.

El sol en el cenit parecía una regadera de miel hirviendo. El sopor se veía en todos los semblantes. Estábamos en la más bravía zona tropical.

—¡El «San Cristóbal»! ¿Dónde está el «San Cristóbal»?—gritó el cabo Ruiz desde la punta del muelle, mientras, el taciturno coronel Núñez y yo, mirando en derredor, ayudábamos al ordenanza a averiguar dónde se hallaba anclada nuestra goleta. Estábamos en retardo y deberíamos zarpar con el Norte franco que soplaba y aprovechando la alta marea.

Al fin, una sonora voz respondió a Ruiz, y columbramos nuestro velero a unos dos mil pies del muelle. El «patrón», con las manos en bocina, nos llamaba, señalándonos el bote para el embarque.

El «San Cristóbal», entre dos pequeños navíos, se distinguía bien, puesto que tenía izados ya uno de los focos y la vela mayor.

Los remeros del bote recibieron nuestro equipaje, compuesto de cuatro maletas, tres machetes, tres escopetas y ocho cajas de cartuchos; y a poco de remar estuvimos a bordo, donde Anselmo, patrón de la goleta, secundado por un mozalbete que hacía de camarero, nos instaló en el único camarote de la nave, inmediato a la rueda del timón.

El cabrestante de proa recogió la cadena y alzó el ancla. Anselmo, con gruesa voz imperiosa, ordenó izar el otro foco y el trinquete y abrir la botavara de la mayor, y comenzamos a salir de la bahía de agua negra a todo trapo, mientras la ciudad, ceñida entre los altos y espesos murallones, se achicaba paulatinamente en las faldas del cerro hasta si-

mular un cromo y perderse en la curva del horizonte.

El coronel Núñez, abstraído y enigmático, no cesó de mirar la ciudad; y aun perdida de vista, parecía buscarla en el confín, como para darle un eterno adiós.

A babor se apagó la visión de las islas y a estribor emergía tenuemente la costa de tierra firme, azuleada y rojiza de crepúsculo.

El «San Cristóbal» viajaba raudamente. Los cuatro marineros y Josefa—la negra cocinera—se chanceaban a proa en vueltos en el humo del fogón encajonado. El coronel Núñez, siempre silencioso, y yo risueño por mis pocos años, que no hacían caso de las penas recónditas, mirábamos la estela, en tanto que Anselmo, sujetando la rueda del timón con una mano y puesta la otra a modo de visera, interrogaba al cielo y nos anunciaba buen tiempo. Ruiz se hizo amigo del camarero y charlaba con él en la borda.

Café la noche, se nos llamó a cenar. Ruiz abrió unas latas de conservas y una botella de coñac, y allí mismo—cerca de Anselmo—, sobre una plataforma, humeó la olla en que nadaba un pollo entre plátanos, cebollas y patatas, y blanquearon tres platos a la débil luz del farol de popa, que ponía no sé qué halo melancólico en la faz de Núñez. Se hizo honor al aperitivo y cenamos maravillosamente. Después, para llamar al sueño, cogí el guitarrillo y eché al viento y al mar unas cuantas tonadas de mi primera cosecha lírica, hasta que

tras las nubes asomó,
como una novia, la luna...

El mar, tranquilo. El viento, a favor siempre. La estela luminosa de las fosforescentes aguas del Pacífico. Anselmo, en el timón. El coronel Núñez, como si quisiera envenenarse, frente al coñac. Yo dije:

—¿Nos acostamos, mi coronel?

Bajamos al camarote, y después de trazar el plan de desembarque con que iniciáramos la peligrosa cacería, el coronel se puso a escribir y a ojear los papeles de su cartera. Luego me miró largo rato en silencio. Sentí miedo.

—¡Ah, querido poeta!—me dijo—. ¿Qué joven eres!... Y apagó el farol de la cámara.

No pude dormir, y oí que mi amigo se quejaba en la sombra.

A las cinco y media era pleno día y nos hallábamos frente a la desembocadura del cristalino río. En el delta se mecían las palmas como flabelos gigantes y lánguidos, y bandas de cotorras y de guacamayos escandalizaban el paisaje al pasar, mientras del corazón de las selvas inmediatas venía la música libre que entonaban los pájaros al padre Sol y a la madre Tierra fuerte y cálida. En las pla-

yas de arena gris se alineaban perezosamente los caimanes, con las profundas fauces abiertas, a caza de mariposas de colores.

El «San Cristóbal» arreó el velamen, entró al río, y, rozando casi la ribera, comenzamos a navegar lentamente, a la palanca.

El coronel Núñez pidió las carabinas, y, fogueando caimanes, nos parecían menos largas las horas de remonta fluvial. De vez en cuando sorprendíamos grupos de monos, y era interesante y doloroso, tras la exactitud del disparo, ver aquellos cómicos animales sacarse las tripas por las heridas y aullar como locos.

El «San Cristóbal», impulsado sin tregua por los cuatro palanqueros que afanaba Anselmo, seguía río arriba. Así navegamos todo el día.

Vecina la noche, cubierto el espacio por los primeros cortinajes de sombra, el mozo camarero, por orden del patrón, fuese a proa, soplando allí un caracol a la manera de un clarín. El caracol lanzaba sus notas trémulas y largas y gritaba como una sirena mitológica, o cantaba como una colosal gallina, en el recogimiento selvático, que repetía los sonidos en ecos lejanos y siniestros. Se oían otros caracoles de canoas o goletas que bajaban, y al aproximarse cambiaban los «bogas» toda suerte de insultos, alegremente.

A la postre calló nuestro heraldo. Hallamos llegado a «Los Mangles», lugar virgen donde iniciáramos el cinegético plan. Anselmo dió órdenes de amarre, y el «San Cristóbal», lamido por la corriente, quedó inmóvil. No soplaba ni un hábito de brisa. El calor parecía diurno. Entre la maraña, las chicharras vertían su chirrido sin fin. Allí, en los bohíos, cantaban los gallos. Enjambres de cocuyos pasaban sobre nuestra goleta, como vivientes esmeraldas aladas, y en un rincón del cielo principiaba la luna de ópalo a satinar las nubes. Eran las doce y media, según Anselmo, que había consultado las estrellas.

El coronel y yo resolvimos pasar la noche sobre cubierta. Era imposible bajar al pequeño camarote, que parecía un horno. Y, sin sueño, hablábamos bajo la fantástica noche tropical.

—¡Otro trago!—me dijo el coronel, que salía al cabo de su triste silencio.

Mi sistema nervioso y mi cerebro, vibrantes de por sí a toda hora, vivían la enorme belleza natural, y uno que otro verso alusivo me repicaba en el alma; pero... el coronel no era hombre de versos, y el guitarrillo estaba no sé dónde. Sin embargo, dije, sin poder contenerme:

—¡Qué hermosa, qué profusa, qué múltiple es nuestra tierra americana, coronel Núñez! Estos paisajes son únicos. Todo crece hirviendo de savia, repleto de vida. El alma, olvidando los inmensos poblados donde todo se marchita y se enferma, debe sentirse nueva en esta entraña silvestre. ¡Mire usted la luna! Parece aquí menos anémica.

—No desmientas tu raza de poetas sensitivos, vencedores del dolor. ¡Yo te envidio, muchacho! Me haces recordar a tu padre. Lo estaba martirizando una pena, acababa de aludir a ella, y, de súbito, reía, reía con reír espontáneo y sincero. Acababa de concebir un chiste, de tramar un epigrama, había visto un paisaje o escuchado un eco musical... Y se mesaba la barba, luenga y oscura, el viejo soldado—siempre enigmático para mí—. Yo tenía catorce años.

—Coronel, usted me parece ahora muy cambiado. No es como antes, como cuando le conocí en las visitas que le hacíamos con mi padre. Su señora de usted—coña Luisa—tocaba el piano, y usted cantaba muy lindas canciones con Julita, su hija. ¿Qué le pasa, me aventuré a preguntarle, al fin?

El coronel empuñó el frasco de a litro

de coñac y se bebió el resto. Luego me respondió, carraspeando:

—Nada; nada me pasa, Rodrigo... Tú no debes saber todavía esas cosas—agregó—. ¡Ya te llegará el tiempo!

Los ojos de Núñez brillaban como dos brasas bajo el jipijapa de anchas alas. Ya no había oscuridad. La luna derramaba su luz cándida.

Mi amigo no me dijo nada más. Cayó en la cubierta como un gajo roto, balbuceando palabras raras que apenas distinguí:

—Mi... vi... da... hogar... honra...

Llamé al ordenanza, y, con Anselmo, que se había despertado, bajamos al coronel a la cámara.

Yo volví a cubierta, donde sufrí el comentario del capitán-piloto, que reía de la borrachera graciosa de mi amigo; y, solo, a poco rato, me devanaba los sesos pensando en Núñez, en las palabras extrañas que había pronunciado al caer. Y me repetía mentalmente, sin explicarme nada: «Mi vida, hogar, honra...»



Hacia una semana que el «San Cristóbal» nos había dejado en la selva, a la orilla del claro río, después de que los bogas dirigidos por Anselmo construyeron la choza de cañas-bravas que nos asilaba. Esta se levantaba sobre cuatro postes, con su techo de ramas de palma. Tenía una especie de zarzo a tres metros de altura, y para subir era preciso hacerle por una viga delgada, con muescas, que se quitaba por la noche, a fin de que quedáramos a salvo del ataque probable de las fieras. Del zarzo pendían nuestras hamacas, nuestras armas, dos faroles de petróleo y el guitarrillo, que era mi lira juvenil. Abajo, en una cueva espaciosa, cuya entrada cerrábase con una gran laja, estaban el equipaje, parte del parque y las provisiones.

En una piragua que nos envió el alcalde del lejano y único poblado de la región, y que el boga correspondiente tenía encadenada a un árbol, habíamos colocado los tacos de dinamita y los otros útiles de pesca; y la cocina, improvisada con tres piedras por la negra Josefa, a quien hicimos quedar con nosotros, estaba defendida por alambres de púas clavados en horcones. Nuestras condiciones de previsión y defensa contra cualquier ataque de los animales eran, pues, inmejorables.

De madrugada, a cosa de las cinco, después del desayuno, compuesto de negro y aromático café, plátanos y yuca asados, y perdices o palomas cazadas el día anterior, nos poníamos en marcha Núñez y yo con Ruiz, llevando las armas necesarias y una brújula, que casi no servía, puesto que el coronel conocía a palmos la región. Andábamos todo el día, y por la tarde volvíamos fatigados, trayendo sartales de botín cinegético y casi siempre un venado o un jabalí que se echaba al hombro el vigoroso Ruiz. La negra Josefa y el boga nos recibían entre ovaciones y chanzas respetuosas; y luego de cenar y reposar, nos embarcábamos en la piragua para ir de pesca al remanso.

Como los cuatro pobladores del bohío no alcanzábamos a consumir las piezas cobradas en la diaria batida y en la pesca nocturna, la negra Josefa y el boga pasaban mucho del tiempo salando carnes y colgándolas en altos alambrados sujetos a la arboleda circundante. Así, pues, a las dos semanas de cacería nuestro paraje hubiérase dicho una aldea de trogloditas. No había árbol cercano que no estuviese lleno de cuerpos salados, algunos de ellos sangrando todavía, entre nubes de moscas y al secante sol. Aquello semejava una huerta fenomenal cargada de frutas deformes... Recuerdo que en tal abundancia de las más preciadas y exquisitas carnes de la montaña, todos nos volvíamos vegetaria-

nos... Ni la negra Josefa, que al salir de la ciudad se hacía la boca agua pensando en los futuros guisos, hacía caso ya del fino pescado, de las blancas pechugas o de los tiernos lomos. Berros, plátanos, yuca, mangos, naranjas, traídos de los sembrados vecinos, eran nuestro alimento; pues hasta los caldos dorados de substancia nos aburrían. Y aguardábamos con impaciencia la vuelta del «San Cristóbal» para cargarlo y enviar a nuestros amigos de la capital las deliciosas provisiones.

Mas la goleta estaba atrasada ya dos días, y nos vimos obligados a suspender la cacería. Nos metíamos en la piragua Núñez y yo con el boga, e íbamos a foguear caimanes en los playones inmediatos. Los cadáveres quedaban tirados sobre la arena, como troncos de árboles arrojados allí por las crecientes.

El coronel no podía estar quieto. Algo interior, horrible, le seguía torturando, y necesitaba moverse, emplear las horas, que empezaban a ser monótonas y largas, despertando en mí nostalgias de ciudad.

Había llovido toda aquella tarde. Las carnes colgadas despedían un olor desagradable, después de la lluvia que les quitó la sal. El cielo continuaba nublado y tempestuoso, y la noche se insinuaba amenazante como nunca.

Josefa nos llamó a cenar. Los cuatro hombres, democráticamente, nos acercamos a los cajones que hacían de mesa, alumbrados por las farolas debajo de la choza. La negra nos sirvió, después que nos hubimos pasado de mano en mano el coñac. Comimos en silencio. Un silencio pesado y agorero.

Concluida la cena, Josefa arregló los trastos y subimos todos al zarzo. La noche, en la absoluta ausencia de la luna y las estrellas, parecía agravarse de espanto.

Instalados arriba, cada uno en su hamaca, Ruiz me suplicó que cantara, y me alcanzó el guitarrillo.

El coronel, fumaba. La selva, rumoreaba, azotada por un viento quebrado y variante.

Crujían los gruesos árboles como si se quejase la montaña virgen.

No obstante, ensayé unos rasgueos en mi lira salvaje y canté cosas tristes, sugestionado por la negrura y por la vasta melancolía de la Naturaleza. Y la música repercutía en las oscuridades con ecos largos que parecían amargar mis endechas. Josefa se puso a llorar, y el coronel, que se tomaba un último trago de coñac, me pidió que callara.

—¡No aumentes, hombre, las tristezas de la noche!

Colgué el guitarrillo y me puse a observar al coronel a través de la red de las hamacas. Sacó su cartera y sus papeles misteriosos en que anotaba algo todas las noches. Después sacó dos retratos, de los cuales sólo uno distinguí: el de Julita, la hija de mi amigo. El otro lo miró un momento y se rascó la barba negra. En el de Julia imprimió un largo beso.

Yo no comprendía nada. El coronel apagó. Los criados dormían y roncaban.

—¡Hasta mañana, Rodrigo!

—¡Buenas noches, coronel!

Un terrible y largo rugido nos despertó.

A éste siguieron otros rugidos violentos e infernales, como maullidos, como formidables gruñidos, que colmaban de pavor la selva.

El día apuntaba. Yo temblé de pánico. Josefa quería decir algo, pero no podía. Ruiz, de un salto, tomó la carabina y disparó por el agujero del zarzo, a través del cual vi la cabezota de una bestia. El coronel empuñó también su carabina y, sin vacilar, bajó a tierra por el agujero por donde Ruiz había hecho fuego. El boga exclamó:

—¡Son los tigres!

Yo me sentí tullido, sin poder salir de la hamaca. Josefa gritó:

—¡Bajen ustedes! ¡Bajen pronto, que el coronel está solo.

Abajo revolcábanse hombres y bestias, entre dentelladas y disparos. Entonces yo así mi arma, bajé a prisa, y cuando eché pie a tierra el cuadro que advertieron mis inyectados ojos fué espantoso.

La mañana abierta lo mostraba todo. Entre dos tigres que se estremecían en el estertor de una muerte rabiosa y que arrojaban sangre por diversas heridas, estaba el cadáver de mi viejo amigo, con la cabeza deformada, rota, desgarrada como un trapo. Su mano derecha sostenía angustiosamente el arma, y en su pie izquierdo tenía incrustados los colmillos una de las agonizantes fieras.

No vi más.

Cuando, silenciosos y abatidos, arreglábamos las cosas para echarnos río abajo en la canoa y en una balsa y llevarnos los restos del desgraciado coronel, yo tomé los papeles de éste y logré descifrar el terrible misterio de la vida que acababa de extinguirse tan trágicamente. ¡Lo recuerdo muy bien! Este pá-

rrafo, escrito por Núñez en su cartera, despejaba la incógnita:

«Luisa: No volveré nunca a tu lado. Manchado, como lo manchaste, nuestro hogar es indigno. La selva dará cuenta de mí.»

¡Desventurado coronel, en aquel tiempo lejano y oscuro, cuando la honra varonil estaba a merced de una flaqueza, de una fragilidad, de un capricho velicioso!

E. GARRASQUILLA-MALLARINO

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EDITORIAL MUNDO LATINO

NOVEDADES DE AGOSTO

GOMEZ CARRILLO:	
Safo, Frine y otras seductoras.....	5
CARLOS SPILLELER (Premio Nobel):	
Imago (Novela).....	5
CARRERE:	
Románticas y otros poemas.....	4
El espectro de la rosa.....	4
CABALLERO AUDAZ:	
La bien pagada (Nueva edición).....	5
La sin ventura (Nueva edición).....	5
De pecado en pecado.....	5
El divino pecado (Acaba de publicarse).....	5
JOSE FRANCES:	
La Guarida (Tercera edición).....	4.50
La estatua de carne (Segunda edición)...	4.50
GUIDO DA VERONA:	
La vida comienza mañana.....	5
La que no se debe amar.....	5
Librerías, estaciones y Caballero de Gracia, 28, junto a Peligros. Quiosco Alcalá, frente al Río de la Plata.	

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

— De venta en todas las farmacias y droguerías. — Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos —

AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)



FABRICA DE RELOJES
— DE —
CARLOS COPPEL
MADRID. — Fuencarral, 27

Exposición de relojes de pared
de todas clases, estilos y precios

GRAN SURTIDO EN RELOJES DE COCINA

— Catálogos gratis —



Carlos Coppel

RELIOS



CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MAGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pras.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

Bujía MOLLA
Para automóviles, motos, aviación
ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca
Se desmonta en todas sus partes.
Todas sus piezas son intercambiables.

DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central:	FABRICA:	Distribuidores para España:
A. B. G.	Etablissements MOLLA	Serrero y Revah
Nueva de la Trinidad, 11	5, rue Jean Daudin	99, Paseo de Gracia
MADRID	PARIS	BARCELONA

Manuel López
FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.